

Alejandra
Martínez de Miguel

Una poesía para cada año de tu vida



ALEJANDRA MARTÍNEZ DE MIGUEL
UNA POESÍA PARA CADA AÑO
DE TU VIDA

© Alejandra Martínez de Miguel, 2023

© por las ilustraciones, Eugenia Mello, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición: noviembre de 2023

ISBN: 978-84-19812-07-0

Depósito legal: B. 18.408-2023

Composición: María García

Impresión y encuadernación: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

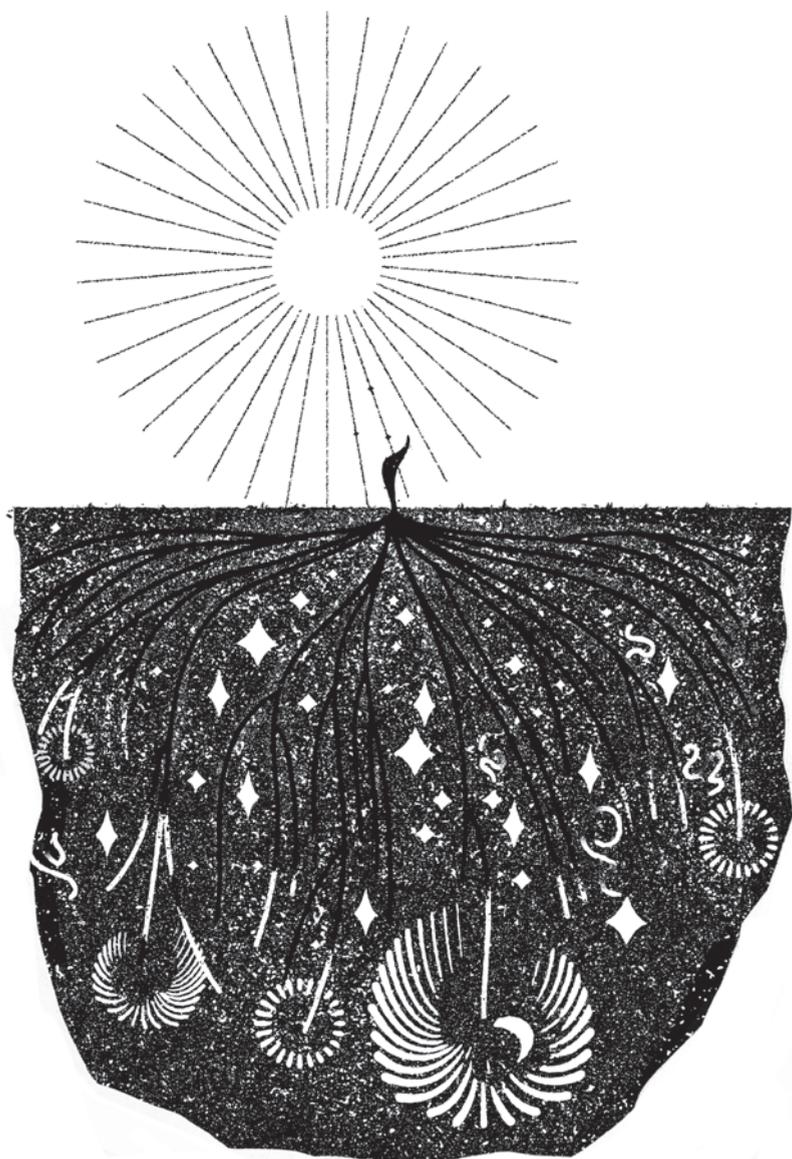
Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

Encuentro: De 6 a 20 años	13
Decisión: De 21 a 35 años	49
Movimiento: De 36 a 50 años	83
Siembra: De 51 a 65 años	119
Observación: De 66 a 80 años	151
Aquí florece: De 81 a 90 años	185
<i>Referencias bibliográficas</i>	209
<i>Créditos de los poemas</i>	219



ENCUENTRO
DE 6 A 20 AÑOS

No recuerdo empezar a leer. Supongo que tendría seis años —ahí empezamos todas— y que sería gracias a la paciencia de una maestra, a la dedicación de mis padres y a la inquietud humana por saber qué dicen las letras cuando se juntan. Lo que sí recuerdo, sin embargo, es elegir.

Ocurría siempre antes de las vacaciones, cuando mamá nos llevaba a escoger un libro. Era uno de esos días previos a dejar Madrid; yo ya no tenía colegio, pero mis padres seguían trabajando. Amaba esos días de ir a buscar a mi madre a la oficina y, después, sentir que la tarde sería toda nuestra a pesar del calor asfixiante del asfalto. Además, coincidía con que seguramente luego merendaríamos tortitas en el Vips, por lo que entrar a la librería solo era el inicio de unas horas maravillosas.

Entrábamos en la Casa del Libro de Goya: recuerdo la escalera que subía a la parte de arriba, la luz cálida sobre las repisas, el fresquito de la tienda que contrastaba con el calor de la calle. Entraba ahí como quien entra en un templo. Todo era un universo por descubrir para mis ojos de niña. En mi casa había libros en la estantería del salón, un montón, pero nada comparado con aquello. Recorría las secciones con los

ojos muy abiertos y con una premisa, la voz de mi madre: «Puedes elegir uno». Un libro. Solo uno para llevarme a Sevilla de vacaciones con mis primos, a la playa, a la montaña o a donde fuésemos durante quince días ese verano. ¿Cómo escoger? Todo eran estímulos, colores, tapas blandas, tapas duras, texturas, títulos llamativos. Abrumador y excitante.

Siempre he tenido una debilidad —la sigo teniendo— por los libros desplegados. Un libro que se abre y encierra un juego. Un libro donde poder usar las manos para descubrir, abrir compartimentos e ir modificando la historia. *La casa de tus pesadillas*, me alucinaba ese libro. Me daba un poco de miedo, incluso, tirar de una pestaña y que apareciese un fantasma. Me lo sabía de memoria. Podía estar sentada en el suelo de mi cuarto una tarde entera solo mirándolo. Me inventaba historias que iban más allá de lo que proponía el libro, a veces metía pequeños personajes dentro. Pintaba una niña —que era yo—, la recortaba y la metía en el cuento, la movía por las habitaciones, me inventaba hasta los diálogos. Casi siempre era una casa de unos familiares lejanos donde tenía que pasar el fin de semana. Otras veces, el personaje del mayordomo del libro me la enseñaba como si fuese un agente inmobiliario y yo decidía si sería una buena compra. Hacía del libro otro distinto. Creo que todos lo hacemos un poco, aunque no nos recortemos en una figurita en papel.

Cada vez que volvía a *La casa* descubría algo nuevo: un gusanito en la esquina de una página, un pulpo en el techo o algún elemento que se repetía en todas las escenas (¿siempre estuvo ahí?). Los libros desplegados siguen siendo mis favoritos, aunque entonces no siempre podía elegirlos.

Mamá nos instaba a mi hermano y a mí a decantarnos por las novelas. Yo, que amaba los libros ilustrados, cuando estaba

en la Casa del Libro delante de la sección de narrativa infantil y juvenil pensaba: «¿Una novela? Qué aburrimiento».

Una novela suponía muchas letras, algo muy largo y muy pesado. Por ello me tomaba mi tiempo. Leía las contraportadas, me sentaba en el suelo de la librería —me encantaría poder seguir haciéndolo—, cogía varios libros y los inspeccionaba. Repasaba las primeras líneas y, a veces, las últimas (*Marina*, de Carlos Ruiz Zafón, se vendría a mi casa, años después por su última frase). Como una investigadora, observaba cada ejemplar esperando que uno me llamase.

En ese momento, siendo una niña, comenzó una tradición que me ha seguido hasta el día de hoy: solo escojo un libro si me llama. Por el título, por una frase, por los colores, por la cita de inicio, por el número de páginas —mejor si son menos de doscientas cincuenta— o por cómo lo sostiene en la mano otra clienta de la librería. Busco una excusa, la que sea, que despierte mi intuición, y ahí digo: «es este». Al final es como si el libro me eligiese a mí.

De aquellas pulsiones brotaron *Las brujas* de Roald Dahl, *Las aventuras del Capitán Calzoncillos* y toda la saga de *Kika Superbruja*. Libros seleccionados por mis manos de niña y mis ojos de pequeña espía literaria.

A día de hoy aún le pido a mi madre que me regale un libro para el verano. Y es que yo empecé a amar la lectura en verano. Después, también en noviembre, por mi cumpleaños. Y luego, en Navidad. Tres momentos del año en que podía elegir un libro y me lo regalaban. En el colegio leíamos, sí, pero que me obligasen a leer algo que no hubiese elegido yo... Eso jugaba en contra, aunque a veces llegara alguna historia que me atrapara, como *El vampiro vegetariano* de El Barco de Vapor (Gracias, Rufi, mi tutora de primaria, por hacerlo llegar a mis manos).

Fui creciendo y las novelas comenzaron a ser estimulantes durante todo el año. Ya no hacía falta esperar al verano, en cualquier momento podía acercarme a la librería de mis padres y llevarme algo. La narrativa ya se había hecho un hueco importante. La poesía llegó más tarde.

En clase de lengua alguien leyó: «Con cien cañones por banda, / viento en popa a toda vela [...]». ¿Qué era aquello? ¿Por qué rimaba? ¿Era una canción? ¿Un cuento corto? ¿Una melodía? ¿Por qué no lo conocía? Era diferente a los libros que había leído. Sonaba divertido. ¿Me lo podía aprender de memoria? Quería hacerlo. Quería un libro de poemas. Quería descubrir más allá de ese «velero bergantín» de Espronceda. No sabía ni quién era Espronceda. No sabía qué era la poesía, pero quería saberlo.

Me enseñaron entonces que la poesía es verso, rima, estructura. Un mensaje de amor, una creación que combina los elementos de la naturaleza. Un texto que puede llegar a oler, a transmitirnos emociones y belleza. Pero también aparecía como incompreensión, palabras arcaicas y aburrimiento. Por todo ello, me acerqué a la poesía desde el amor y desde el odio.

Cuando me la presentaron, la poesía era aún una desconocida. Bécquer apareció con su «¿Qué es poesía? ¿Y tú me lo preguntas? / Poesía... eres tú.» y yo me preguntaba quién era ese *tú*. ¿*Tú* es quien lee o a quien se ama?, ¿puede ser ambas? Si la poesía eres *tú*, ¿hace falta leer más sobre ella? ¿O basta con mirar a ese *tú* a los ojitos para que nos transmita toda su sabiduría?

No pude contestar a esas preguntas con nueve años. De hecho, dejé de interesarme de pronto por la poesía, se difuminaron mis ganas de querer aprenderme un poema, me era indiferente. Me limitaba a leer la que había en los libros de

clase y a odiar profundamente los recursos literarios. No fue hasta inicios de bachillerato cuando me reencontré con ella, y ahí me enamoré.

Apareció Federico García Lorca. Siempre estuvo, pero di con *La casa de Bernarda Alba* y quise leer más. Pasé del teatro a su poesía y, entonces, llegó el día en que, por primera vez, escogí un libro de poemas: *Romancero gitano*. «Verde que te quiero verde. Verde viento. Verdes ramas». Leía en bucle este verso. Nunca antes el color verde tuvo ese matiz, esa inmensidad. ¿Cómo podía un color que vemos a diario ser tan grande y decirme tanto? Amar en verde Federico, una categoría que deberíamos registrar. Llegaron luego más poetas: Benedetti, Alberti, Cernuda o Machado. Todo eran hombres y todo —casi siempre— rimaba.

La Real Academia de la Lengua Española define poesía como «la manifestación de la belleza o del sentimiento estético por medio de la palabra, en verso o en prosa». ¿Cómo que en prosa? Hasta ese momento *sabía* que la poesía debía ser en verso. Después comencé a escribir poemas de los que no riman, de los que son en prosa. Pero, entonces, ¿era poesía tanto lo que rimaba como lo que no? Y, como se pregunta Chantal Maillard, «¿Es poesía el verso que describe fríamente aquello que acontece? Pero ¿qué es lo que acontece?» ¿Qué ha de acontecer para que sea poético? No lo sé. Sigo sin tener la respuesta. Yo escribo para formular preguntas. Leo poesía para intentar encontrar las respuestas.

Elena Medel publicó con Ariel un libro titulado *Todo lo que hay que saber sobre la poesía*. Fue para mí un pequeño manual cuando me adentré a descubrir qué era eso que creía estar empezando a escribir y que desde de los dieciséis años no había parado de leer. Aunque este libro llegó a mis manos en 2018, y para ese momento yo ya me había formado una

idea de lo que era la poesía, me gustaría compartir algunas reflexiones de las que señala Elena. La poesía es una expresión literaria con intención artística y entre sus objetivos están la búsqueda de la belleza, la comunicación, la emoción y la indagación. «La poesía está vinculada a la experiencia y a las circunstancias de quien escribe y de quien lee», dice. Pienso que es por ello que cada autor, cada poeta, nos revela algo de ella.

Pedro Salinas decía que «la poesía es encontrar la esencia de la realidad, descubriendo el tiempo y sus interrogantes». Karmelo C. Irribarren contesta en una entrevista en *L de Lírica* que la poesía sirve «para hablar contigo mismo o para lanzar preguntas al más allá», mientras que Yolanda Castaño, en este mismo evento, dijo que la poesía servía «para resignificar las palabras». Tal vez la poesía sea mucho más que aquello que aprendimos en el colegio. Incluso más de lo que este libro entraña. Tal vez la poesía sea algo diferente para cada lector, y ahí reside su magia.

Aquí hay poesía. Ochenta y cinco poesías, para ser exactos. Y estás a punto de descubrir las quince primeras.

Perdona, no nos han presentado. Me llamo Alejandra. Un placer. Yo aquí explayándome y tú pensando «mira, yo es que solo vengo a encontrar una poesía para cada año de mi vida». Entiendo, te explico rápido. Si tienes entre seis y veinte, este es tu capítulo. Si tienes más, oye, qué bien te conservas, pero mira en el índice cuál es el capítulo que te corresponde. O quédate aquí, empieza este libro por el principio y juega a tener siete, quince o diecinueve; juega a encontrarte de nuevo. Descubre un poema, regálaselo a un amigo, apréndetelo de memoria, léeselo a tu sobrino o a tu vecino. Para a alguien por la calle, pregúntale cuántos años tiene y recítale el suyo —bueno, a lo mejor eso es un poco invasivo—. Llévate-

te el libro a una reunión familiar, puede ser divertido. Haz lo que quieras, en realidad, mientras logres encontrar tu poema (o él te encuentre a ti).

Tienes una cita con la poesía. La podrás volver a tener cada año, cada rato, de tu vida. Feliz encuentro. Ojalá descubras qué es para ti, la leas, la escribas y la expandas. No te olvides de respirar, buscar un sitio cómodo, elegir y alzar la voz cuando toque.